

Yusuf, Mariam, su hijo Ismael y una preciada caja viajan desde Palestina a España para pasar la Navidad con la familia. Un relato que supera fronteras.

SANTOS URÍAS ILUSTRACIONES: BEATRIZ SEVILLA

Yusuf rebuscaba a conciencia entre sus figuras. Quería que aquellas que se llevaran como obsequio en el viaje fueran las más bonitas del taller. Los belenes de su tienda eran conocidos en toda esa región de Palestina. Buena madera, tiempo y cariño, era la fórmula que no fallaba, según él mismo decía.

Su familia en España les había invitado a pasar unos días y preparaban ese momento, que aprovecharían para conocer algunos sitios de paso. Mariam, su mujer, revisaba las maletas antes de cerrarlas y, aunque no llevaban demasiadas cosas, sí querían evitar gastos innecesarios, porque tampoco andaban muy holgados económicamente. Desde que el turismo había bajado ya nada había vuelto a ser igual, pero estaban acostumbrados a luchar en el día a día: ser árabe y cristiano te da una pasta especial, casi como la madera de los belenes.

Su hijo Ismael, que acababa de cumplir los tres años, era inquieto y despierto. Todo lo escrutaba con esos ojillos negros que parecían dos aceitunas. Hacía como que ayudaba a su madre sacando lo que con paciencia iba metiendo ella en el equipaje.

Salieron muy de mañana para llegar al paso de la barrera que divide los territorios palestinos de Israel. Dos pequeños bultos y una caja bien empacada con las figuras del

misterio de la Navidad. Prepararon la documentación y un militar judío les miró de arriba a abajo. Luego vinieron un caudal de preguntas: ¿De dónde vienen? ¿A dónde se dirigen? ¿Cuál es su residencia habitual? ¿Les han entregado algún paquete? ¿Han hecho ustedes las maletas?

Abrieron los bultos y fueron estrictamente registrados, palmo a palmo. Ismael miraba con un gesto que se debatía entre el respeto y el miedo.

—¿Qué llevan ahí? —preguntó el soldado señalando el paquete con las figuras del belén.

—Es artesanía —respondió Mariam. Un regalo de Navidad.

Tuvo que desempaquetar también esa caja y el militar se detuvo un instante observando la belleza de las figuras.

—Las hago yo en mi taller —dijo con un cierto orgullo Yusuf, viendo que admiraba su obra.

Pero fue solo como un suspiro. Un instante en el que pareció que pasaba un ángel. Inmediatamente ordenó que volvieran a envolver el misterio y que cruzasen por el paso, no sin antes advertirles de que anduviesen con cuidado, con los últimos altercados estaba el ambiente muy tenso y no se andarían con miramientos ante cualquier provocación.

Ismael dejaba asomar unas pequeñas lágrimas. Después de la tensión del momento, escondió su pequeño rostro entre las

manos y se frotó la cara con rabia. Estaban habituados a respirar violencia, miedo, agresividad, desconfianza, pero gracias a Dios los niños no entienden, no se acostumbran.

Se encaminaron a Jerusalén, uno de los lugares que, aunque conocían bien, querían visitar antes de continuar hacia el puerto de Asdod. La Ciudad Santa desprende una energía particular. Las cúpulas, los minaretes, las piedras, los olores; parece como si Dios hubiese querido dibujar un cuadro y todos pugnasen por poseerlo, sin darse cuenta de que el mérito está en aprender a contemplarlo. Tal y como les habían dicho, el clima estaba muy enrarecido. Aun así fueron a la ciudad vieja por las calles del Vía Crucis hasta llegar al Santo Sepulcro. Muchas tiendas estaban cerradas y había controles a cada paso. Oraron en silencio y encomendaron en sus plegarias el viaje que estaban haciendo y la paz que tanto deseaban. Presentaron el paquete con las figuras del belén al Dios de la Misericordia y pidieron la bendición para todos sus proyectos.

En Asdod la gente se agrupaba para embarcar o desembarcar. Siendo uno de los dos puertos principales de Israel, no paraba de recibir gente y mercancías. Algunos turistas hacían cola para entrar en el país. Mariam volvía a preparar toda la documentación y »

OO
Ser árabe y
cristiano te
da una pasta
especial,
casi como la
madera de
los belenes
OO

EL BELEN QUE LLEGO NO LLEGO



A FONDO

RELATO DE NAVIDAD

» los paquetes, sabiendo que el control sería más estricto que el del paso de los territorios. El militar que les recibió les saludó con amabilidad y les regaló una sonrisa inesperada. Las preguntas rutinarias se repitieron, pero mientras revisaba las maletas tocó la cabeza de Ismael, que se dio por aludido y, como con su madre cuando las preparaban, participó del registro mientras sonreía.

Había comenzado a llover de forma suave, pero con esa humedad que impregna todo, que lo empapa y lo limpia.

—¿Qué llevan ahí? —preguntó el soldado señalando el bulto del misterio.

—Un regalo para la familia, artesanía —respondió Mariam una vez más.

—¿Pueden abrirlo, por favor?

Desempacaron una vez más la caja.

—¡Qué belleza! —exclamó el hombre del control— Pero, ¿falta una figura?

Yusuf, sorprendido, se puso a escarbar entre los cartones de relleno para el embalaje. Efectivamente, la talla más grande, la de san José no estaba. Sus oraciones habían sido escuchadas, aunque ellos no lo reconocieran todavía. José, hombre paciente, humilde, sereno, había entrado a formar parte de sus deseos y Dios lo había entendido. Su figura se quedaba allí. Solo con paciencia, con humildad, con serenidad, tantos años de desconfianza, de odios, de conflictos, podrían retornar al camino de la escucha, de la reconciliación, del perdón. Y esa talla de madera se derramaba ahora como llovizna sobre las cabezas de todos los habitantes de Israel y de Palestina. Era como un nuevo renacer, un bautismo de vida. La sonrisa del militar, Ismael jugando en la cinta transportadora con la ropa de la maleta, la amabilidad en el



trato, todo cobraba sentido y su viaje empezaba a ser algo más que una visita familiar.

Tomaron el barco hacia Civitavecchia. Una larga travesía que se les hacía a la vez difícil pero interesante. Nunca se habían aventurado a hacer un viaje tan largo de esas características. Temían sobre todo por Ismael. Siendo tan pequeño, la travesía podía ser incómoda y tampoco las condiciones del barco eran las mejores. Pero se equivocaron. El niño pronto encontró entretenimiento entre las mil novedades que le ofrecía la navegación: se asomaba a la ventana, corría por los pasillos, se agarraba de la mano de cualquier pasajero, repartía

sonrisas por doquier y, como quien no quiere la cosa, pronto se hizo el capitán del navío. Su piel morena parecía curtida por el sol y por el mar, como si de un pequeño piratilla se tratara.

Cuando llegaron a Italia era todavía de noche pero ya empezaba a clarear. Entrar en un puerto que fue construido por el emperador Trajano en el siglo II impresiona. Toda la historia acumulada en sus piedras, en sus paisajes. Es como si el tiempo fuesen las olas que han ido modelando ese lugar como el cincel del Creador.

Descendieron del barco con la sensación de que todavía el mar balanceaba sus cuerpos, y de nuevo prepararon su do-



cumentación para entrar en Europa. Los últimos días habían sido complejos: avalancha de refugiados desde Siria y Libia; lanchas desaparecidas en el mar llenas de migrantes; centros colapsados en Lampedusa. El *carabinieri* les miró de arriba abajo comprobando su documentación. Consultó el ordenador varias veces. Preguntó una y otra vez el objeto de su viaje. Ismael volvió a sentir miedo. En apenas unas horas había pasado de ser el capitán de la nave a ser el polizón de la misma. Yusuf, que se sentía privilegiado por poder viajar, sencillamente, pero de esta manera, comprendió entonces el drama de tantos otros que se

En apenas unas horas había pasado de ser el capitán de la nave a ser el polizón

arrastraban por encontrar una salida para sus vidas. O la de aquellos que la arriesgaban o la perdían casi de forma anónima. Los que llegaban a puerto mecidos por el agua, ahogados en sus sueños. Recordaba Yusuf a tantos europeos que habían visitado su tienda y su taller, cuantos té de hierbabuena habían compartido, las risas y las anécdotas que los habían hecho sentirse como hermanos. ¡Qué diferente!

Al fin, y después de revisar sus pertenencias varias veces, entraron formalmente en Italia. Civitavecchia está como a unos ochenta kilómetros al noroeste de Roma y este era ahora su destino. Como cristianos,

tenían ganas de poder conocer el Vaticano, el Foro, tantas iglesias y lugares que fueron cuna de la fe.

Tomaron el tren que les llevaba hasta la capital y en poco más de una hora estaban allí. Descubrieron en poco tiempo porqué se la llama Ciudad Eterna. Pasado, presente, porvenir, belleza, magnificencia, humildad..., una síntesis maravillosa y difícil de explicar. Recorrieron sus calles, visitaron templos, tomaron algún café y algún trozo de pizza. Ismael volvía a sonreír.

Cuando entraron en San Pedro quedaron sobrecogidos. Acostumbrados a los templos más oscuros, más pequeños, con el clima de las pequeñas velas y los iconos, aquello les parecía una parte del cielo. Quedaron en silencio un buen rato. Incluso el niño se recostó en una columna y se quedó pensativo. Pidieron por los que sufren el horror de la guerra; por los niños y niñas que observan cada día el drama de la muerte, de la mutilación, del hambre; por todos los que se quedan solos, sin una familia, sin unos amigos; por los que ven números, intereses, allí donde hay personas, corazones. Pidieron hasta las lágrimas. Mariam sentía el dolor en sus entrañas y delante de *La Piedad* de Miguel Ángel veía el retrato de la humanidad. Volvieron a ofrecer su viaje, sus pertenencias, ese belén ahora incompleto, y salieron a la plaza repleta de peregrinos y turistas.

Habían encontrado una pensión barata donde pasar la noche. No es fácil en Roma, donde los precios también suelen ser "eternos". Al día siguiente tomarían el autobús que, por fin, les llevaría hacia España, punto final de su recorrido.

Casi todas las plazas iban llenas. Varios jóvenes con sus

» mochilas; alguna pareja; unos hombres mayores. Las maletas fueron a la bodega, pero el misterio lo subieron con el equipaje de mano en el bus. Tardarían unas siete u ocho horas a Turín, haciendo una breve parada en Florencia. Al principio, con el traqueteo, la mayoría de los pasajeros dormía. Yusuf disfrutaba del paisaje de la Toscana. Los pueblos que se alcanzaban a ver en la lejanía. Los colores de un campo que reventaba de colores.

Cuando llegaban a Turín ya había dado tiempo de poder charlar con alguno de los vecinos de viaje, que andaban embelesados con la carita de Ismael, sobre todo una joven que no paraba de jugar con él. También les había suscitado curiosidad esa caja tan bien empaquetada que custodiaban como un tesoro. Al fin uno de los chicos preguntó.

—¿Qué es lo que lleváis ahí, con tanto cuidado? Si es que se puede saber.

Yusuf, orgulloso siempre de sus obras, no se hizo demasiado de rogar.

—Es un regalo para nuestra familia de España. ¿Queréis verlo?

—Por supuesto —respondieron varios de los pasajeros.

Con la costumbre del que ya ha tenido que abrir y cerrar varias veces la caja del envoltorio, sacó el relleno y mostró su contenido a los compañeros del autobús.

—¡Es precioso! —exclamó la chica que no paraba de divertirse con Ismael.

—Una maravilla —dijo uno de los hombres mayores unas butacas más atrás.

—Pero es un Niño Jesús, no es un misterio de Navidad —observó el joven que acompañaba a la chica.

Yusuf miró entonces dentro de la caja y, efectivamente, solo estaba la figura de Jesús.

La talla de María, más grande y delicada, había desaparecido. Ya estaba avanzada la noche y las estrellas brillaban de una manera especial. De nuevo sus plegarias habían sido recibidas. María se quedaba allí. En todos esos lugares donde se necesita la ternura, la acogida, las entrañas de madre y de mujer para sentir, para acompañar, para abrazar, besar. Un regazo con brillo de estrella, con la belleza de universo, con alimento de vía láctea. Ese autobús se había hecho un pequeño hogar. El misterio y el milagro seguían vivos, viajando sobre ruedas.

Ya de mañana entraban en España. Casi todos dormían. Algunos de los pasajeros se quedaban en Barcelona y faltaban apenas dos horas para llegar. Cuando atravesaron la Ciudad Condal, y después de tomar un café y algún bollo, se despidieron afectuosamente. A los que seguían trayecto aún les quedaban unas seis horas para llegar a Madrid.



El autobús era un pequeño hogar. El misterio y el milagro seguían vivos, sobre ruedas



La Navidad en Madrid se funde con las luces, el olor a castaña asada y la alegría de las calles. Quizás demasiada gente. Quizás demasiado ruido. Quizás se celebra pero no se sabe muy bien el qué. Pero el clima es contagioso: apetece dar un paseo, tomar un caldo caliente o un chocolate con churros, disfrutar de los belenes y los adornos navideños. Ismael estaba alucinado mientras sus padres buscaban la casa de su familia por el centro de la ciudad. El niño también se había dado cuenta de unos cuantos contrastes: mientras un grupo cantaba con alguna copa de más, otros apilaban cajas de cartón para improvisarse una cama. Parecía como si estuvieran en un mismo lugar, pero no se importasen: cada uno a lo suyo. Un poco más allá, una pareja discutía y él la insultaba de forma denigrante. Una pequeña orquestita hacía música clásica que invitaba a detenerse y disfrutar, y cerca, un chico africano, seguramente con alguna afección mental, hablaba solo, se le veía solo, caminaba solo... Una adolescente de unos quince años vomitaba sentada en un portal mientras sus amigos fumaban hachís a su lado. A la vez, y prácticamente en la calle vecina, una cola esperaba para comprar la lotería que en esos días la gente adquiría esperando un golpe de suerte.

Yusuf observó entonces cómo muchos curiosos se asomaban a mirar un nacimiento que había expuesto en la calle. Era precioso: figuras de estilo napolitano; musgo, piedras, agua; momentos de aquella noche mágica; unos Reyes Magos discretos, pero muy bellos; y aquellos pastores testigos del acontecimiento que cambió la historia. Se detuvieron un rato. Rezaron ante aquellas escenas. Por tantos corazones solitarios. Por tantas vidas rotas. Por tan-





tas familias abandonadas. Por un mundo lleno de luces, pero muchas veces con ausencia de Luz. Pidieron para que la solidaridad, la fraternidad que vino a traer Jesús se hiciera un poquito más realidad. Que nadie se sintiera extraño bajo un mismo cielo. Que ese amor, ese afecto, ese cariño que se derramó hasta el extremo, pudiera inundar cada rincón de nuestro mundo.

Llegaron hasta el portal de una pequeña calle cerca de Tirso de Molina. Llamaron al portero electrónico:

—¿Fátima? —preguntó Mariam— Somos nosotros, ya estamos aquí.

Subieron a la vivienda, un tercer piso sin ascensor. Un lugar pequeño pero acogedor. Pronto reconocieron fotos de su ciudad. Aquellos almohadones que salpicaban el salón y les hacían sentir como en casa. Sacaron algo de comida para picar, y como era tarde y estaban cansados del viaje, prefirieron retirarse a dormir, cosa que Ismael había hecho ya hacía un rato.



La única figura que quedaba del belén, la del Niño Jesús, había desaparecido



En la mañana desayunaron juntos. Un sol radiante de invierno entraba por las ventanas. El olor a café y a pan caliente inundaba la cocina. Después de reponer fuerzas, llegaba el momento de los regalos. Había unos cuantos paquetes alrededor del nacimiento que habían puesto de forma sencilla, pero con mucho cariño. Yusuf colocó la caja que ellos traían al lado y empezaron a romper los lazos y envoltorios. Comenzaron por los niños: algunos juguetes con música, algo de ropa, unos cuentos ilustrados. Ismael se movía de un lado para otro y agarraba lo que podía. Después siguieron por los paquetes más pequeños para los adultos: perfumes, algún libro, un precioso reloj para Mariam. Por fin llegó el momento de abrir la caja que había atravesado desde el Oriente Próximo hasta el extremo occidental de Europa.

—Pero, está vacía —dijo su cuñada sorprendida.

Y, efectivamente, la única figura que quedaba, la del Niño Jesús, había desaparecido. Se

quedaba en nuestro mundo. Nuevamente sus plegarias habían sido escuchadas. El Cristito se derramaba como ese sol que nace de lo alto. Penetrando por cada rendija del corazón del ser humano. Infundiendo su calor, su sensibilidad, su capacidad para conmoverse. Un sol capaz de hacer que aquello de la Encarnación se haga realidad cada vez que uno piensa, o sufre, o disfruta como lo hace el prójimo. Algo tan fácil y, a la vez, tan complejo como ponerse en el lugar del otro. Como diría una sabiduría ancestral: “Calzarse su calzado”, “ponerse en sus zapatos”. Una luz para alumbrar a todos los pueblos, para agradecer la vida.

El hermano de Yusuf, todavía entre la sorpresa y en cierto tono de broma, les dijo:

—O sea, que el belén que me dijiste que traías, el mejor de tu taller, al final no ha llegado.

Mariam y su esposo se miraron. Ismael también les buscaba con sus ojillos. Una pregunta flotaba en sus entrañas mientras se abrazaban: ¿seguro que no llegó el misterio?